

#07

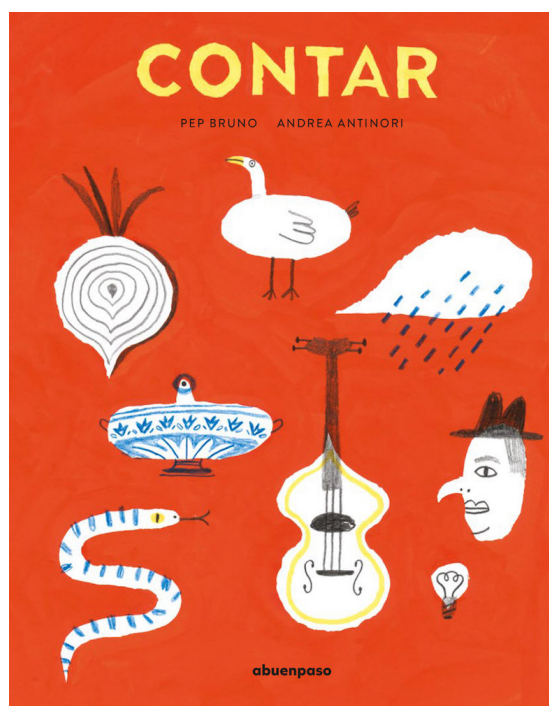
LEER EN VOZ ALTA
Y ORALIZAR

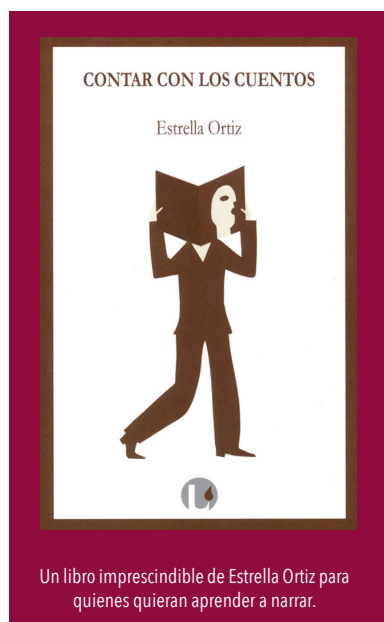
Solo hace unos 70.000 años que podemos hablar. ¿Has pasado alguna vez en lo maravilloso que es hablar? Pongamos, por ejemplo, que quieres decir «árbol»: tu cerebro manda la orden para que lo digas y para ello se combinan la respiración y los músculos de la garganta y de la boca; después, el sonido sale cabalgando a lomos del aire y llega hasta las orejas de alguien; y de ahí va a su cerebro, que lo traduce en una imagen de «árbol». Y si no das más detalles, puede que tú pienses en un tipo de árbol y quien lo oiga vea otro. Pero eso sí, los dos, árboles.

(Pep Bruno, *Contar*)

Imaginar cosas que no tenemos delante, construir mundos que experimentaremos, pero en los que jamás pondremos un pie... Y hacerlo todo ello a partir de una única herramienta: la palabra. Porque en esta lección vamos a ver que es importante que la palabra dicha en voz alta *vuelva* a los espacios que ocupamos, empezando por las aulas de Educación Infantil. Y sí, hemos dicho bien cuando hemos recurrido al verbo volver, porque durante siglos los seres humanos hemos podido socializar, transmitir creencias, aprender oficios y desarrollar habilidades que pasaban de una generación a otra sin necesidad, incluso, de la escritura. Antes que nada, fue la oralidad. Por eso en esta lección nos ocupamos de ella y proponemos un acercamiento al texto, para la etapa de Educación Infantil, que pasa por la imprescindible

En este álbum de Pep Bruno, con ilustraciones de Andrea Antinori (*Contar*, A Buen paso, 2019), se nos desgranar las claves del oficio de cuentista.





ble lectura en voz alta. Antes que la escritura, fue la voz. Antes que la literatura, fueron los cuentos. Había una vez, en un mundo muy lejano, una comunidad de seres dispersos que afianzaban los vínculos que los unían contándose historias. Hoy los llamamos humanos.



Estrella Ortiz, maestra de cuentistas en España, es autora de un libro maravilloso que se titula *Contar con los cuentos*. En dicha obra, nos dice esto acerca de su oficio:

Los narradores sabemos que los cuentos tienen mucho poder. La palabra es poderosa y solamente hay que mirar a los oyentes mientras contamos para darnos cuenta. Podemos encantar, divertir, ensoñar, pero también podemos atemorizar, manipular y coaccionar. Es necesario saberlo porque un cuento no es un arma, ni una trampa, ni un chantaje, ni una moraleja, ni un castigo, ni tampoco un sermón. Un cuento es afecto y verdad. En los cuentos está toda la verdad de los sueños. Ni más ni menos. (Ortiz, 2009, pp. 130-131)

Si hemos considerado que este aspecto del oficio docente merecía una lección propia en nuestra asignatura ha sido, en parte, porque sabemos que es necesario plantearse la reflexión que se hace Estrella Ortiz cuando se aspira a la docencia. Los cuentos bien contados ejercen un efecto magnético sobre quienes los escuchan, lo cual es saludable en la medida en que desarrollan la imaginación, aligeran de las pesadumbres de la vida y, por supuesto, nos donan verdades importantes a fuerza de desgranar sobre nuestras expectativas situaciones fingidas (la «verdad de los sueños», dice Estrella Ortiz). Son, sin lugar a dudas, una ocasión lúdica, en el sentido más noble del adjetivo «lúdico».

Pero cuando se dirigen a un auditorio infantil, los cuentos pueden ser también fuente de malentendidos. Los adultos, con frecuencia, nos

imponemos la obligación de «educar», palabra que no entrecorrimos por capricho: porque «educar» a veces se entiende como una forma de imposición del imaginario adulto sobre el infantil, que apenas se encuentra en proceso incipiente de formación. No es necesario que consideremos los cuentos como una especie de instrumento puesto al servicio de metas más altas: una buena historia, bien narrada, ya es por sí misma una de las metas más altas a las que podemos aspirar. Cuidar los cuentos significa, por ello, no negarles a los niños su derecho a la verdad, lo cual es muy diferente a querer imponerles la nuestra.

LEER EN VOZ ALTA

A propósito de esta práctica tan beneficiosa solo podemos recomendar el precioso libro de la periodista norteamericana Meghan Cox Gurdon, *La magia de leer en voz alta. Los beneficios intelectuales y emocionales de la narrativa oral en niños y adultos*, que incluimos en la bibliografía (Cox Gurdon, 2020). Con ella, podríamos subrayar la diferencia que existe para una persona entre ser propietaria y tomar posesión de algo. Así lo explica la autora:

Ser propietario de algo y tomar posesión de ello son dos cosas distintas. Un niño puede tener tantos derechos al poema épico anglosajón *Beowulf* como el especialista que consagra su vida entera al estudio del inglés antiguo. Sin embargo, a no ser que el niño conozca al héroe Beowulf, al monstruo Grendel y a la espantosa madre de este, no se puede decir que haya tomado posesión de lo que le pertenece. Pero si su madre le lee la traducción de *Beowulf* por la noche (si se atreve, ya que es un poema bastante sangriento), su hijo poseerá por entero lo suyo. Los personajes, las escenas y el lenguaje del libro se volverán parte de su paisaje interior. Las cualidades místicas de la novela añadirán sublimidad a su experiencia de la vida. (Cox Gurdon, 2020, p. 202)



Otro libro maravilloso, en este caso de Meghan Cox Gurdon.



UNIVERSIDAD
DE GRANADA



TALLER DE LECTURA EN VOZ ALTA PARA FAMILIAS



Uguburú

SEMINARIO DE LITERATURA
INFANTIL Y JUVENIL EN LA UGR

En Uguburú. Seminario de Literatura Infantil y Juvenil en la UGR, hemos diseñado un taller con unas sencillas pautas para fomentar la práctica familiar de la lectura en voz alta. Pinchando sobre la imagen de la portada que ponemos arriba, pueden acceder a este material.

Lo que quiere decir aquí Cox Gurdon, explicado de manera más sencilla, es que es muy diferente tener en casa una colección de cuentos de los hermanos Grimm, por ejemplo, a tomar posesión de ella. Cualquier persona puede tener ese libro en propiedad, pero no todas las que lo tienen en propiedad lo hacen suyo, porque tomar posesión de él implicaría leer esos cuentos, disfrutarlos, darles vida y librarlos del destino gris de ser letra muerta sobre el papel. Dicho de otro modo: implicaría transformarlos en parte de nuestra experiencia.

Son conocidos los beneficios de todo tipo que produce la lectura en voz alta, especialmente para el desarrollo del cerebro infantil, que es un órgano particularmente plástico. Debemos insistir no solo en la necesidad de practicarlo en el aula, sino también en la conveniencia de implicar a las familias para que lo hagan en casa. La lectura en voz alta es una práctica, sobre todo, socializadora.



Pero hay un momento en el que, sin embargo, ya no hablamos ni siquiera de lectura en voz alta, sino de narración oral. Oralizar quiere decir no solo rescatar historias de la tradición oral para seguir dándoles vida (en realidad, la mayoría de esas historias las hemos conservado gracias a la escritura), sino adaptar cualquier historia, ya la conozcamos porque la hayamos escuchado o porque la hayamos leído, a los códigos de la narración oral.

En ese empeño, tres son las partes del proceso:

- a. *Seleccionar.* Debemos contar con un repertorio de historias susceptibles de ser organizadas. Dicho repertorio puede ir desde colecciones de cuentos impresas en libros a otras que seamos capaces de recopilar nosotros mismos preguntando en nuestro entorno familiar. En función de nuestro auditorio, seleccionaremos las historias más adecuadas. ¿Qué criterios podemos usar para llevar a cabo la selección? Nuestro sentido común y nuestra intención nos guían, pero aun así existen obras que nos ayudarán con ello (Sherlock, 2017).

- b. *Destacar los puntos fuertes.* En esta parte es cuando se produce la mayor de las confusiones, porque algunas personas creen que de lo que se trata es de aprenderse de memoria las historias seleccionadas. En realidad, la organización consiste más bien en destacar qué puntos fuertes, qué elementos de dichas historias, son realmente nucleares en ellas. Si sabemos hacer ese esquema básico, después podremos ampliarlo o reducirlo con cierta facilidad en el siguiente parto.
- c. *Contar.* Contar no es recitar de memoria, sino, parafraseando la cita de Pep Bruno con la que introducíamos esta lección, hacer que, mediante la palabra, crezca un árbol en la mente del oyente. Si nos empeñamos en recitar de memoria, nuestra única preocupación será no olvidarnos de los detalles para repetirlos de la misma forma una y otra vez; si, por el contrario, unimos mediante la palabra esos puntos fuertes de la narración, estaremos re-creando la historia cada vez que la contemos.

Y esto último, dicho sea de paso, es una de las cosas que a los humanos más nos gustan desde que vivíamos en las cavernas.

MARIE L. SHEDLOCK

El arte de contar CUENTOS

EDICIONES OBELISCO



En esta obra, que en realidad fue publicada en 1915 por primera vez, la cuentacuentos británica, aunque nacida en Francia y residente en Alemania, Marie L. Shedlock, ofrece algunas claves para la selección de historias que narrar a la infancia. Téngase en cuenta que la infancia que ella conoció fue la infancia de hace más de un siglo, pero en todo caso se percibe como algo curioso hoy que Shedlock recomiende evitar lo siguiente en la selección: historias relacionadas con el análisis de las motivaciones y los sentimientos; historias que contengan demasiado sarcasmo e ironía; historias de carácter sentimental; historias que contengan episodios demasiado sensacionalistas; historias que tratan sobre temas que están fuera de los intereses del niño (a no ser que contengan un misterio); historias del temor o la mojigatería; historias de piedad infantil y escenas en el lecho de muerte; e historias que contengan una mezcla de cuentos de hadas y ciencia

**SIETE PRINCIPIOS
CLAVE PARA UNA
APROXIMACIÓN
CONSTRUCTIVISTA (VII):
IMPORTANCIA DE LAS
NARRATIVAS Y LAS
FICCIONES RESPETUOSAS**

En la segunda lección de nuestra asignatura, *Ficciones instrumentales y ficciones respetuosas*, trazamos una distinción básica entre *vida limitada por la necesidad* y *vida no limitada por la necesidad*. Situémonos en esa perspectiva. Para empezar, recordando que cada una de ellas lleva aparejada una determinada idea de tiempo: *tiempo pleno o significativo*, en el caso de la vida no limitada por la necesidad; y *tiempo vacío o no significativo*, en el de la vida limitada por la necesidad. A partir de ese marco, distinguimos entre *ficciones instrumentales* y *ficciones respetuosas*. Lo que aquí llamamos *ficciones instrumentales* coincide en parte con lo que, conforme a las categorías de hace treinta años, Cervera (1992, p. 18) denominaba «literatura instrumentalizada». El escritor Bernardo Atxaga, que se ha destacado también en el cultivo de la literatura infantil, se refiere, en una preciosa conferencia, a lo que él llama «corriente pedagógica» de la LIJ, que se articula como:

aquella que defiende la utilidad: los niños sólo deben leer los libros que son útiles, los que les enseñan algo. A lo largo de la historia, han sido muchos los autores que se han visto obligados a no perder de vista esa corriente, aun cuando en este caso la presión no viniera directamente de los lectores, sino de las personas que habitualmente se ocupan de ellos, es decir, padres y maestros. (Atxaga, 2010, pp. 45-56)

Por tanto, en una línea similar, especificamos que para nosotros las *ficciones instrumentales* son aquellas que sirven para apuntalar algún aspecto de los que demanda la *vida limitada por la necesidad*, ya sea porque busquen inculcar una enseñanza, porque se pretendan «útiles» (habría que preguntarse para qué) o porque se considere que sirvan para «trabajar» algo. Las que llamamos *ficciones respetuosas* lo son (respetuosas) con respecto al propio valor de la literatura, que en ellas se considera un fin en sí misma, pero también con respecto a la necesidad de ficción de los lectores, que no por ser infantiles o jóvenes deben considerarse sujetos susceptibles de ser adoctrinados. En un libro que ya puede considerarse un hito, López Tamés observaba lo siguiente:

Creemos sin embargo que es difícil que haya algo en la actividad humana que no sea utilitario. No hay actos desinteresados ni carece de afectividad

cualquier contemplación estética. Desde el balbuceo infantil hasta una sinfonía todo pretende la construcción de lo humano. El niño ejercita sus posibilidades en el parloteo inicial y, como el adulto, ensaya en el cuento y en el juego dramático virtualidades físicas y psíquicas. El arte es útil. El arte, la literatura, cualquiera que sea su objetivo, cumple una función antropológica, proporciona conocimiento. Los relatos, a través de la identificación, suponen experiencia aunque sea vicariada. Y esto quiere decir seguridad. Placer y gratificación hay en la lectura como lo hay en contemplar y oír. Porque hay afirmación, aumento de vida. (1990, pp. 15-16)

Aumento de vida... difícilmente se puede decir mejor. Merece la pena, como hizo en su día López Tamés, subrayar ese aspecto «útil de la literatura» (ya decimos que la cuestión no es si es útil o inútil, sino para qué es útil). Quedémonos con la idea. Porque la utilidad de la literatura y, en particular, de la LI, pasa, como ya hemos insistido, no por el escapismo con respecto a la realidad, sino por la amplificación de la realidad. Y eso tiene raíces psíquicas y antropológicas profundas. Por una parte, hacia adentro: «Leer siempre significa ver a través de “otros” mundos diferentes y, con ello, encontrar y conocer una colección infinita de matizaciones humanas con múltiples registros e ingredientes» (Mora, 2020, pos. 1349). La LI, como cualquier literatura, es una amplificación de la vivencia, un enriquecimiento del mundo exterior. Por otra, hacia afuera: «Las leyes de la moral universal que cada cultura posee siempre empiezan con historias» (Wolf, 2020, p. 165). Y es que, en efecto, la LI es una de las mejores herramientas de las que disponemos para la adopción de la cultura y la adquisición de las primeras nociones morales, aun cuando no siempre seamos conscientes de ello.

Por todas estas razones nos resultan importantes las *ficciones respetuosas*. Dentro de la idea de educación literaria que nosotros defendemos, es importante acercar a todo el mundo el privilegio de la literatura, no solo el de los libros. Los libros sirven para muchas cosas, pero no siempre, o no todos, para favorecer la lectura literaria, porque esta comprende un modo de leer específico que se muestra respetuoso con el cultivo de capacidades fundamentales como la imaginación, el cultivo de la alteridad o la empatía. Todo ello implica, de paso, un compromiso ético, en tanto el cuestionamiento de lo establecido, de las rigideces utilitaristas de la cotidianeidad, sienta a través de la literatura las condiciones de posibilidad para que se desarrolle la *vida no limitada por la necesidad*. En suma, las *ficciones respetuosas* invitan a una ampliación de la vida, ya sea en el plano interior, permitiéndonos ser personas más conscientes, o exterior, liberando en nosotros el hábito de dar sentidos al mundo.